

dad y del imperio de Constantinopla, despojando al tirano Murzulfo, que no tenia mas derecho que el del parricidio, cometido en la persona del jóven Alejo, á quien habia ahogado por sus propias manos. En calidad de aliados de este desgraciado Príncipe, el cual les habia dado algunos motivos de queja, se creyeron autorizados y obligados en cierto modo á vengar su muerte y á precipitar del trono á su verdugo. Si con este motivo se hicieron muchos paralogismos, y si Constantinopla, reducida á la obediencia de la iglesia romana, pareció la mejor apología á los que estaban imbuidos en las preocupaciones de aquel tiempo, lo cierto es que estos discursos infundados no disminuyeron nada la justicia de una conquista conforme á todas las máximas del derecho de gentes.

¿Habremos de justificar tambien las empresas del Rey San Luis, cuya escrupulosa equidad causó admiracion á los mismos mahometanos? ¿No nos llenará de asombro el egeemplo eternamente memorable que les dió estando cautivo en Egipto, cuando habiéndose equivocado aquellos vencedores infieles en diez mil libras (cuarenta mil reales) sobre el precio estipulado por su rescate, que les llevasen este dinero, á pesar de sus propias contraversiones al tratado? Si Luis observaba tan religiosamente hasta las apariencias de la justicia, hubiera dejado de consultar esta virtud para una espedicion que iba á trastornar imperios enteros? Por otra parte, tenia este santo Rey un talento tan perspicáz, que á pesar de todas las preocupaciones de su siglo distinguió perfectamente, en los altercados de los Papas con los Emperadores, los derechos respectivos de las dos potestades, y jamás pensó que la Religion pudiese dar motivo para turbar la tranquilidad de los estados. No obstante, consultare-

mos aquí los monumentos de la historia, segun nuestro plan y nuestra costumbre, ordinaria. San Luis tomó la cruz al saber que los corasmios, arrojados de su pais por los tártaros, habian entrado en la Palestina y apoderándose de Jerusalem, donde cometieron crueldades y horrores no menos contrarios á la naturaleza que á la Religion. El sultan de Damasco y otros Príncipes musulmanes se habian unido con los cristianos de Asia. Pero otros sultanes, menos espuestos al furor de los corasmios, les favorecian con mas ó menos secreto, ya fuese por temor de que hiciesen una invasion en sus estados, ó por un ódio absolutamente ciego al nombre cristiano. De este número fue el sultan de Egipto, contra el cual creyó el prudente y santo Rey que debia tomar las armas á fin de apurar los socorros en su origen. Apenas llegó á oriente, recibió además una embajada de los tártaros mogoles que solicitaban su alianza contra el enemigo comun, y ofrecieron nuevos motivos á una política llena de equidad.

En fin, la última cruzada se dirigió á contener los progresos de Boudocdar, sultan de Egipto, contra los cristianos y los tártaros sus aliados. Habia conquistado y arruinado á Cesaréa, con una multitud de otras plazas menos importantes: habia asolado el territorio de Tiro, de Trípoli y de todas las ciudades en que, siendo mayor el número de cristianos, era mas temible el azote del hambre: se habia apoderado por capitulacion del castillo de Safat, que era la mejor de todas sus fortalezas; y faltando á la fe del tratado, habia hecho pasar á cuchillo á sus defensores, que eran mas de seiscientos, porque no quisieron renegar de Jesucristo, y últimamente amenazaba á Jope, á Antioquía, y hasta el último refugio que tenian los occidentales en Palestina. Marchó San Luis á Tunez, en África, pais que no

habiendo sido todavía teatro de la guerra, suministraba á los sarracenos de levante su mejor caballería, con una infinidad de riquezas. Ya se ha dicho que el Rey musulman de Tunez tenia correspondencia con el santo Monarca, y daba á entender que solo deseaba su llegada para abrazar el cristianismo, sin ningun temor de sus vasallos. Quedaron frustradas las esperanzas de los franceses, y acaso el celo de la Religion fue causa de que se pecase contra las reglas de la prudencia; pero lo que únicamente nos importa aquí es que no se violaron las leyes de la equidad. Así pues, examinando con indiferencia el ardor de la guerra y el entusiasmo de las cruzadas, segun las pruebas de hecho que presenta toda la serie de la historia, y no por las acusaciones vagas del fanatismo, ni por las declamaciones injuriosas de un filosofismo el mas fanático é intolerante, se vé que desaparece toda idea de injusticia.

Proyectos de política equivocados pero legítimos, la necesidad de la propia defensa, y la conveniencia que resultaba de tener distraido al enemigo, fueron un nuevo motivo para emprender estas guerras, y dan nueva luz para justificarlas plenamente, por poco conocimiento que se tenga del derecho de la paz y de la guerra. Traigamos á la memoria por un momento cual fue el genio del islamismo en su origen, y el sistema de opresion que siguió muy encarnizado mientras tuvo en su mano la fuerza opresiva y la preponderancia del poder. El objeto constante del primer autor de esta absurda religion fue sugetar á ella las tres partes del mundo conocido, no por el medio suave de la persuasion, pues no hubiera podido sostenerla, sino con el peso cruel de la cimitarra, con la abrogacion de las leyes, con la degradacion del género humano y con el desprecio de toda humanidad.

Todo lo santificaba el celo del alcoran, y con tal que se reanimase á este fin, no habia medio, por sedicioso y tiránico, sanguinario y bárbaro que fuese, que no se mirase como legítimo. Los pueblos que se ofrecian espontáneamente á recibir el yugo, y se gloriaban de la rebelion y de la apostasia, entraban en comunidad de nacion y de privilegios con la secta monstruosa, y la aumentaban de dia en dia; los demás perecian al filo de la espada sin ningun recurso; ó si algunos se libertaban de la muerte, tenian una suerte aun mas deplorable, viéndose reducidos á una esclavitud cruel y á la condicion de las bestias de carga. Ningun pueblo, ningun imperio, ningun derecho de ciudad ni de magestad, ninguna de aquellas leyes primitivas y sagradas aun entre las naciones que están en guerra, era respetada de aquellos violadores entusiastas de todo derecho y de toda religion. ¿Dejarian de inflamar toda la vehemencia filosófica unos infractores tan brutales en todo vínculo social, si los términos vagos de fanático y de fanatismo significasen otra cosa en su guirigay que el odio del Evangelio y de la virtud?

El conductor de los camellos de Cadigha atrajo al principio á su partido los aduares estúpidos de la Arabia, entre los cuales sublevó algunas tribus, y sujetó á las demás. Luego al punto pasó á Siria, y se introdujo en las posesiones romanas, donde del mismo modo dió por fundamento á su imperio las sublevaciones, la mortandad y la usurpacion. Imbuidos en estas máximas sus generales y sucesores, invadieron en el espacio de veinte años lo mejor que tenian los romanos en Asia y en África, y pasando mucho mas allá de los límites del imperio, se apoderaron del territorio de los persas, que era casi tan dilatado. Desde las costas de Berbería se precipitó en España este torren-

te impetuoso, derribando del primer golpe el trono y la Iglesia: atravesó por los Pirineos y llevó la desolacion hasta el centro del imperio francés. Ya hemos visto como por otra parte se extendieron á las orillas del Ródano y del Saona hasta lo interior de Borgoña, incendiándolo y arruinándolo todo; y como por otra inundaron las llanuras de Poitiers, donde solo el valor de Carlos, apellidado el Martillo de los infieles, pudo preservar á nuestros padres de su odioso yugo.

En Italia, poco defendida por Francia, ¿qué sobresaltos no causaron, y qué horrores no cometieron por espacio de algunos siglos? Los que habian arrasado el África, no menos ardientes para abalanzarse á la presa que los leones que habitaban en los mismos desiertos que ellos, se apoderaron de Sicilia cuando los de España subyugaban á Creta; y lo que añadió la nota de infamia al crimen de usurpacion fue el medio indecente que les abrió el camino para aquella isla, esto es, la connivencia en el rapto sacrílego de una Virgen consagrada á Dios, cuyo atentado cometió el comandante de Creta. Desde allí entraron en Calabria, en la Pulla, en Lombardía, en todo el continente de Italia, sin ninguna distincion del imperio griego ni del imperio francés. Frenéticos agitados, por decirlo así, de los vapores convulsivos del alcoran, no conocian ningun derecho de soberanía, ni tenian la menor tintura del derecho de gentes. No enviaban reyes de armas, ni publicaban manifiestos: no declaraban la guerra á ninguna potencia, y la hacian á todas aquellas á quienes podian sojuzgar, usando de una barbarie extraordinaria con todo lo que tenia el sello del cristianismo. Pasaban á cuchillo á los que al principio de la refriega caian en sus manos ó les hacian resistencia, y cargaban de cadenas á los demás, sin excep-

tuar á los que por su estado, edad ó sexo no hubieran podido tomar parte en la defensa pública. Así sucedió que por varias veces asolaron ya el pais de Nápoles, ya la España y los arrabales de Roma: robaron en Monte-Casino los dones inestimables y sagrados de los Papas y Emperadores: despojaron y profanaron los sepulcros de los Santos Apóstoles, arruinaron todo el barrio de la ciudad que está al otro lado del Tíber, é infundieron terror á los romanos que estaban en el recinto de sus muros. Volvieron otra vez á consternar el imperio francés, y se apoderaron de la embocadura del Ródano, como tambien de la del Tíber. Despues establecieron en Fressinet, en las gargantas de los Alpes, aquella cueva de bandidos que á manera de las bestias feroces que salen de sus cavernas á buscar la presa en que puedan cebarse, no permitian ninguna seguridad en los caminos, é impedian la comunicacion entre las varias iglesias y su Padre comun: se fortificaron al otro extremo de la Italia, en la ciudad de Nócera, llamada de los paganos, de un modo que era casi imposible arrojarlos de ella: bloquearon el centro del orbe cristiano hasta el momento propio para subyugarle, y sin embargo le arruinaron poco á poco, fomentaron en él la discordia y le aniquilaron por sus propias manos.

¿Quién podrá, pues, llamar injustas las ligas formadas por las naciones cristianas para contener el furor tan manifesto de su enemigo natural? ¿Quién podrá decir que delinquieron en llevar la guerra al corazon del imperio para fijar en él su inquietud y sus esfuerzos, y estorbar que intrigasen en los paises distantes? ¿Quién no manifiesta su inclinacion odiosa á estas naciones conjuradas contra el cristianismo, usando contra sus vendedores de un rigor contrario á todas las reglas, no solo de las

mas justas represalias, sino tambien de la mas indispensable defensa, y á todas las máximas de la prudencia y de la santa política? No podemos dudar que los gefes de la república cristiana se movieron por estas consideraciones, habiendo oido al Papa Urbano II en el concilio de Clermont, y á sus sucesores en otras muchas ocasiones, que al exhortar á los Príncipes y á los pueblos á que reprimiesen la insolencia de los musulmanes, alegaban en términos espesos el designio que tenian estos infieles de subyugar todos los reinos é imperios, y de destruir toda potestad cristiana.

» Vosotros, germanos y sajones (decia Urbano con vehemencia, pero sin olvidarse de la reflexion) vosotros, polacos, húngaros, bohemos, si no habeis experimentado todavía el furor de estos bárbaros, ¿á qué debeis atribuirlo (1)? A algunos rios, á algunos estrechos que no serán capaces de detenerlos por mucho tiempo, si no les oponéis desde luego unas barreras mas poderosas. Y vosotros, italianos, ¿no os acordais ya de que han penetrado hasta el centro de vuestro imperio, hasta el centro de la fe cristiana, que no pudo librarse enteramente de sus rapiñas y profanaciones? Venecianos, dálmatas, y todos los que habitais en las costas del Adriático, decidnos cuántas batallas y cuánta sangre os ha costado el veros libres de su yugo odioso. Reflexionad que Constantinopla es el único dique que ha contenido hasta ahora este torrente, y el que ha libertado á los países occidentales de una inundacion general. Pero si no os apresurais á conjurar la tempestad que tanto tiempo há destruye la Palestina, la tendreis muy pronto encima de vosotros. Pronto vereis cómo arrancan á vuestras esposas de vuestros lechos, y á vuestras hi-

(1) *Guill. Malesb. Fris. Gal. Pur.*

jas y hermanas de vuestros brazos; y vosotros mismos, con vuestros hijos, cargados de cadenas indignas, sereis testigos de la infamia de unas personas que tanto os interesan, si es que no la sufrís personalmente con ellas de un modo aun mas infame.” Los orientales por su parte no cesaban de hacer presente á los latinos que las calamidades que affigian al Asia, amenazaban de la misma manera á la Europa, y que por en medio de las ruinas de Grecia pasarian los furiosos defensores del alcoran á esclavizar á toda la cristiandad. En efecto, esta manía fue siempre constante en el islamismo. Cuando los turcos preparan una guerra contra los cristianos, nunca dejan de hacer creer que se trata del interés de la Religion. Al anunciar los reyes de armas en todas las ciudades la necesidad de armarse, pintan la muerte y el saqueo, cuando han de recaer sobre los cristianos, como acciones agradables á Dios y al profeta de la Meca. Tal fue en particular la proclama ó manifiesto del Sultan Mahomet II para la guerra en que se hizo dueño de la Morea, y no contento con esto juró esterminar á todos los cristianos; lo que egecutó en cuanto estuvo en su arbitrio (1).

Confesemos sin embargo que varios promotores de las cruzadas establecieron muchos principios destituidos de toda solidez, é hicieron no pocos discursos inexactos. Si hubiéramos de estar á lo que ellos ensalzaban con las espresiones mas enfáticas, diríamos que la conservacion de la Religion y aun la gloria de Jesucristo consistian en la posesion de los lugares consagrados por su sangre. Se olvidaban sin duda de que este Dios hecho hombre tiene por mayor injuria la vida corrompida de los cristianos, que son miembros suyos, que la profanacion de algunos

(1) *Paul. Luc. t. 1. p. 274.*

monumentos insensibles; y que su Religión es tan indiferente á la tierra de promision de los judfos carnales, que él mismo nos predijo, que desde la aurora hasta el poniente seria adorado en todas partes, y no solo en Jerusalem. ¿Pero es extraño que un pueblo entusiasmado por predicadores como Pedro eremita, testigo ocular y delator fogoso de las tiranías sacrílegas del mahometismo, haya manifestado un celo arrebatado contra los mahometanos, y los haya mirado como una nacion maldita, que debia ser esterminada por el interés de la Religión? No puede dudarse que estas consecuencias prácticas eran exageradas y viciosas; pero tambien es cierto que los malos discursos no disminuían en nada la fuerza de las buenas razones. Se aplicaban mal las ideas de Religión y de obligacion; pero las aplicaciones defectuosas de la Religión y de sus máximas dejaban á los principios de equidad, en que se fundaban radicalmente las confederaciones cristianas contra los infieles, toda su solidéz y energía. Si la Religión tuvo el principal influjo en la resolucion de los que tomaban la cruz; y si sus gefes, así eclesiásticos como políticos, inculcaron principalmente al vulgo este motivo como el mas proporcionado á su capacidad, ó como el mas necesario á su sencillez, la cual no ponía la menor duda en la justicia de la guerra santa, no nos parece que este motivo secundario, añadido al capital y directo, le viciase en su substancia, ni que se pueda decir que los gefes de los pueblos cometiesen algun delito por haberles propuesto mas frecuentemente las razones mas eficaces para aquel tiempo, aunque las menos concluyentes en sí mismas.

Se los animaba sobre todo con la viva pintura de lo que padecian sus hermanos en oriente, bajo la dominacion de unos hombres duros, caprichosos é impíos, que les hacian mil ve-

jaciones en sus bienes y personas: que á cada instante ponian en el último peligro sus propiedades, su vida y la suerte de su familia: que insultaban su fe, se apropiaban, profanaban é incendiaban sus iglesias; en una palabra, hacian su estado semejante al de los antiguos confesores, en tiempo de los perseguidores idólatras. Tenemos presente cuál fue la paciencia invencible de aquellos primeros héroes del cristianismo, y cuál fue su invariable sumision á los emperadores romanos por espacio de trescientos años de persecucion; pero por mas oposicion que se haya pretendido hallar entre esta conducta y la de los cristianos de Siria con respecto á sus tiranos los turcos y sarracenos, no han advertido una disparidad esencial esos filósofos ceñudos que en la temeridad de su censura, origen de otros muchos errores, han tenido la osadía de reprobear la conducta de San Juan Damasceno y de todos los prelados mas santos de levante. Porque este ilustre padre de la Iglesia y otros varios que brillaban en su tiempo en aquellos países, mirasen á los Césares como Soberanos legítimos de las provincias, que les habian usurpado cien años antes los bandidos de Arabia, ¿estaremos en el caso de suponer un olvido total del primitivo espíritu del cristianismo, ó de la sumision pacífica de los primeros fieles con respecto á los Emperadores que eran dueños de Roma antes del establecimiento de la Iglesia? ¿Quién ha señalado el término fijo y puntual en que unos opresores bárbaros adquirieron el derecho de prescripcion de un modo incontestable? ¿Quién se atreveria á juzgar en esta gran contienda, entre diferentes Príncipes de nuestra Europa, poseedores de una misma corona, ó despojados de ella? No es nuestro ánimo internarnos mas en una materia tan delicada, pues lo que hemos dicho basta para inspirar

la circunspeccion conveniente, así acerca de la conducta de los cristianos de levante en tiempo de las cruzadas, como de la de San Eulogio de Córdoba, y de otros muchos mártires inmolados con él por los mahometanos de España en el siglo nono.

Sea lo que quiera de los particulares que estaban sujetos á las leyes de los musulmanes, á lo menos es cierto que los varios Soberanos de los estados cristianos no estaban obligados á observar las mismas reglas. Trataban por lo menos de igual á igual con aquellos Príncipes; y segun Santo Tomás, que escribia en tiempo de las cruzadas, podian declararles la guerra, no para obligarlos á abrazar la fe, la cual solo se puede persuadir, sino para impedir que perjudicasen á la Religion (1). Desde la primera edad de la Iglesia creyeron los Príncipes cristianos que tenian derecho para defender á los cristianos extranjeros oprimidos por sus Soberanos, á causa de la Religion que profesaban. Así hemos visto que Teodosio el Joven no quiso entregar al Rey de Persia los cristianos persas refugiados en los dominios del Emperador, y que le declaró la guerra para que cesase la persecucion (2).

No nos empeñemos sin embargo en justificar todo lo que se hizo en aquellas ligas terribles de occidente contra oriente; porque si es necesario evitar la censura impía que vitupera todo lo que es interesante á la Religion, tampoco se debe incurrir en la preocupacion supersticiosa que aprueba todo lo que tiene á la Religion por objeto. ¿Quién será el que aplauda aquellas cuadrillas confusas de hombres, mugeres y niños, de curas y frailes guerreros; que fueron el azote, y muy en breve el escándalo de las regiones que pretendian libertar: que en todas partes por don-

(1) 2. 2. q. 1 c. art. 8. (2) *Secr. l. 7. c. 18.*

de pasaron, aun sin salir de su propia patria, se entregaron al saqueo y cometieron todo género de escesos: que se hicieron aborrecibles á los mismos griegos, de quienes se decian libertadores, y escandalizaron á los mahometanos con la disolucion de sus costumbres, con la infraccion de sus tratados y juramentos, y con las violencias y crueldades que egercieron contra aquellos mismos á quienes debian edificar y convertir? Es cierto que las mas veces solo usaban de represalias; pero eran inescusables en olvidarse de que aun el rigor de los derechos y el buen éxito de las armas, no los dispensaban de las reglas de la mansedumbre evangélica. Por lo demás, los Papas y muchos prelados procuraron, con sus quejas y frecuentes reconvenções, inspirarles el verdadero espíritu de la Iglesia.

Urbano II en particular, desde la publicacion de la primera cruzada, dió las órdenes mas estrechas y acertadas para evitar la confusion y los escesos que podian resultar de unos movimientos tan extraordinarios (1). «El camino sagrado (dice en términos espresos), ó el camino de la tierra santa solo está abierto para aquellos á quienes su sexo ó su edad no hacen inhábiles para esta espedicion. Los viejos, los enfermos, las mugeres y los niños, todos pueden contribuir á su buen éxito con sus oraciones y limosnas; pero no se obligarán personalmente á emprender este viage peligroso. Sobre todo, no serán admitidas las mugeres, á no ser que vayan acompañadas de sus maridos, de sus hermanos, ó de otros parientes que respondan de su conducta; pero seria mucho mejor que de ningun modo se presentasen. La misma circunspeccion encargamos (continúa el Papa) á los frailes, á los sacerdotes y á todos los clérigos; y por lo menos les

(1) *Rob. monach.*